

Para CAHUIDE,
dedicado a mi amigo,
el doctor Alejandro R. Vega.

Imagináos en un barrio tranquilo y apartado una casita pobre pero limpia y alegre como una mañana de sol; ideal, entre otras, una habitación amplia y llena de luz a cuyas ventanas han asomado las maderuelas del jardín deseosas de prestar, tal vez, con su aroma y con el colorido de sus hojas mayor encanto a un hogar que vuestra mente está creando; ante una ventana siempre abierta a los rayos del sol poner un

caballete de pintor y a su lado un taburete con pinceles y colores; y entre muebles cuya escasez sabréis suplir con maceteros sobre pequeñas mesas casi rústicas, colocad, junto a un comodín sobre el que descansan floreros de cristal lon rosas y claveles, un canapé farrado en cretona de vivos colores y tendréis el escenario de dos vidas fundidas en una, inmensamente dichosa.

Raro era el domingo que faltaba a mi costumbre de pasar un par de horas en casa de la feliz pareja. Esa felicidad se adivinaba, se presentía, desde el momento de penetrar en ella, al respirar ese ambiente, tan particular, tan único, que produce bienestar y que nos hace pensar en lo que es la verdadera dicha: una mujercita abnegada y buena que nos ama con todo su corazón, que se mira en nuestros ojos y que daría la vida por borrarlos la sombra de una pena.

Y así era ella para él.

En todo acto, en cualquier detalle, se descubría su amor, su amor seguro y terno: en el prolijo cuidado de su jardín; en la coquetería y exquisito gusto para el decorado de su pobre casita; en el aseo exagerado de todo cuanto a ésta pertenecía; en su satisfacción; en su alegría constante; en su voz. En todo había ilusión. En todo palpaba su alma amante.

Al llegar a la casa, desde la reja, sorprendía casi siempre el mismo cuadro: él de espaldas a la ventana, delante del caballete, con el pincel y la paleta en las manos, y ella en el canapé leyendo en voz alta para ambos; o bien, ella en el jardín, al cuidado de sus plantas, y él, de codos en la ventana, contemplándola.

Muy niños se habían cruzado en el camino de sus distintas escuelas y ese primer encuentro había despertado sus vírgenes corazones; después, después se habían amado y se amarían siempre, y hoy continuaban amándose con ese sublime amor que conserva la belleza de la primera ilusión, fortalecida por la mutua comprensión, por el respeto recíproco, por la esencia misma de su único amor.

Era envidiosa? No lo sé; pero en mis ratos de soledad y melancolía pensaba en una casita así, alquilada en barrio apartado, con muebles casi rústicos, con plantas y flores y ventanas abier-



tas a los rayos del sol; pero, y ella?

Y en mi alma sola y olvidada, confundida por la desesperanza y el anhelo a la vez de hallarla, sonaba en mis oídos, dulce y suave, la voz con que mi amiga me recibía para presentarme, orgullosa, alguna nueva obra de su incomparable artista; y recordaba las confidencias de él en los días de su adolescencia, sus ilusiones y sus proyectos cumplidos y por mi mente desfilaron, uno a uno, los bellos cuadros de ese amor ideal a cuya composición

ambos, por igual habían contribuido.

Cuatro años más tarde — después de una ausencia que duró todo ese tiempo — me encaminaba una tarde, el mismo día de mi llegada, a casa de mi amigo.

Qué iba a decirle? No lo sabía.

A través de las movedizas ramas de las plantas de su jardín pude verlo desde la calle. Estaba en el sitio de siempre, ocupado en su labor favorita, la pintura.

La sala era la misma; los mismos muebles; los mismos cuadros colgados en la pared. Sólo

el canapé estaba vacío y las plantas de los maceteros, aunque cuidadas, habían perdido su belleza y lozanía.

Un hálito de tristeza flotaba en el ambiente; un no sé qué de melancolía se esparcía ahora por aquella habitación como si de todas partes, de todos los objetos, de todos los rincones, se desprendieron partículas de dolor para oprimir el corazón.

¿Es qué el alma transmite a los objetos que la rodean algo de sus emociones hasta darles esa especie de vida que influye en nuestro ser y nos predispone al pesar o a alegría? ¿Qué fluido misterioso es ese que nos roba el buen humor hasta trocarlo en tristeza, cuando penetramos a un lugar al que en realidad tiene? ¿Es nuestra predis-

posición? ¿Es el alma de las cosas que misteriosamente hace cambiar nuestro ánimo, invitándonos a la meditación, al recogimiento, o dándonos, por el contrario, la sensación de un bienestar que se traduce en alegría?

Mírala, me dijo, señalando el lienzo que tenía ante sí; mírala, repitió, sin poder contener la inmensa emoción que mi presencia hacía mayor aún; ¿la en cuéntas igual? ¿se le parece?

¿Es ella!, asentí.

El parecido en verdad era notable.

Sin embargo, suspiró; no es esa la sonrisa que me hacía tan dichoso; esos ojos no son los ojos que a mí me miraban...

Y continuó: Hace tiempo que vengo persiguiendo mi propósito de hacerla vivir para siempre y aun no lo he conseguido; mil veces lo he intentado y otras tantas he tenido que borrar lo que mis torpes pinceladas han trazado. Obscecado por mi anhelo de grabar aquí lo que está real y perennemente impreso en mi memoria y en mi corazón, he destruido felices rasgos que luego en vano he tratado de reconstruir. En ocasiones, cuando creía haber dado la última pincelada, el toque definitivo, la he apartado de mi vista durante dos o más días de angustiosa incertidumbre, y al descubrirla después, luego de encerrarme en mí mismo, luego de verla con los ojos del alma, ¡oh, qué horrible decepción!

Es preciso que no insista, le objeté; la obra está terminada.

Quizá, me contestó, sin quitar la mirada fija en el lienzo.

Media hora más tarde, durante la cual sólo hablamos de su infortunio, logré que accediera a dar un paseo por los alrededores.

Cenamos juntos y luego nos despedimos con la promesa de vernos a menudo.

Una semana después le sorprendí en la ventana contemplando su mustio jardín.

Tan absorto estaba que no se dio cuenta de mi presencia.

Era una tarde sin sol. Los árboles mecían sus ramas a impulsos de un viento frío que nos traía el aroma de los limoneros de un huerto vecino.

A través de la reja del jardín veíamos a uno que otro transeunte pasar de prisa, de rato en rato, por la solitaria calle, brumosa y triste, encerrada ante nosotros, como un óleo, en el marco de la ventana, en contraste con un apunte, colgado a la pared, del mismo motivo, en un día de sol intenso y brillante.

La tarde invitaba a la melancolía. Era una de aquellas tardes que oprimen el alma, que martillean el corazón y en las que la mente se empeña en escudriñar el pasado doloroso.

En vano traté de distraer su atención. Estaba extremadamente pálido y las manchas violáceas que circundaban sus ojos delataban sus noches de insomnio.

Después de un prolongado silencio que no quise interrumpir, me dijo al fin: en días como éste es cuando mejor la veo; me parece que está allí, agregó — señalando el canapé — y dando unos pasos se situó frente al lienzo; lo observó con detenimiento y luego cerró los ojos como para concentrarse en sí mismo, como para hacer vivir en sí la imagen querida.

Así permaneció largo rato. Tomó luego la paleta, puso en ella una pequeña porción de pintura, mezcló sus colores y a golpes de espátula modificó las líneas que no correspondían a su insen-

sato, a su exigente deseo.

Mientras esto hacía, yo, sentado delante de otra ventana, me ocupaba en ojear maquinalmente un libro cualquiera.

Útilmente había tratado de persuadirlo para que diera por concluida su obra. Quien hubiera conocido al original habría sentido seguramente gran emoción al contemplarla; su sorprendente parecido, junto con la riqueza del colorido, armonizaban con las suaves tonalidades que servían de fondo.

El rostro del artista cambiaba a menudo de expresión, según los efectos que iba consiguiendo. Tan pronto lo veía fruncir el ceño, como expresar su satisfacción con una sonrisa.

Yo había dejado mi asiento y asomado a la ventana contemplaba el paisaje del jardín, casi envuelto en la penumbra.

Las campanas de la parroquia vecina daban el toque de oración.

La tarde iba muriendo lentamente, y me dio un tono de melancolía, mayor la estancia y sin que el artista pareciera, el cambio de luz y momentos iba perdiendo en intensidad; era su completa abstracción y su trascendencia de todo que fuera la labor en que estaba empeñado.

Un silencio sepulcral había en torno nuestro.

Con impaciencia esperaba ahora que mi amigo diera fin a su labor del día, para invitarlo a salir, para caminar por cualquier parte, para hacer cualquier cosa; me era necesario cambiar de lugar, variar de ambiente; en aquella habitación y en aquella hora sentía mi espíritu enfermo; terribles presentimientos me oprimían el corazón como si la muerte rondara cerca a mí.

El artista dio unos pasos hacia atrás y con los brazos cruzados sobre el pecho contempló su obra largo rato; después, con una sonrisa amarga, con un gesto que revelaba impotencia y despecho a la vez, cogió la espátula y con ella, tranquilo y resignado, como quien está obligado a lo irremediable, a lo fatal, razgó el lienzo.

Luego se dirigió al canapé, se sentó en él y con la mirada fija en su obra definitivamente perdida, se puso a llorar.

CUENTOS Y NOVELAS CORTAS

Bajo el Antifáz

(Especial para LA PRENSA)

Cuando llegamos al Café la Orquesta daba fin a su programa. Sólo alcanzamos a escuchar las últimas notas de un paso-doble.

Mi compañero me dijo:

Esta marcha me recuerda a un drama del que fui testigo. ¿Quiere usted escucharlo?

Acepté gustoso y él comenzó así:

Es un baile de máscaras, en una noche de Carnaval.

La espaciosa terraza del Casino América se halla repleta de gente dispuesta a pasar la noche del mejor modo.

Los hombres encerrados en el clásico dominó de seda o luciendo vistosos disfraces de estilos diversos, danzan con sus parejas bajo los rosarios de focos eléctricos, ro-

jos, verdes y azules, a los que se entrelazan serpentinamente multicolores y ramas de jazmín floreadas, en vueltas en hilos de plata.

Al fondo, detrás de un gran arco de hojas de palmera y ramas de laurel, de las que penden rosas blancas y encarnadas, está la Orquesta que lanza sus notas y las distribuye por altoparlantes instalados en la terraza misma y en las galerías y salas del piso bajo, donde también se baila, se bebe o se descansa.

En los cortos instantes en que la orquesta deja de tocar, se percibe el murmullo de las olas que llega por las mamparas abiertas junto con el olor a mar.

Empotradas a la pared y formando hileras paralelas a lo largo del gran corredor contiguo, están las mesitas dispuestas para la cena. No obstante la profusión de luz cada cual tiene su lamparilla eléctrica bajo una pantalla de vivos colores que da a los rostros reflejos fantásticos.

Por la puerta que está al fondo del edificio desfilan las parejas que van hasta la playa en busca de los rústicos bancos del pequeño malecón desde donde, sobre el marco obscuro, casi negro de las aguas, se ve reventar las olas al pie de los peñascos. Algunas, apoyadas de codos en el muro, contemplan la noche sin estrellas y el mar sin horizonte, sin fin, como su deseo, como su amor vuelto a jurar después de un beso interminable...

Una "Andaluza" y un "Arlequín" retornan de su romántica excursión.

Antes de llegar al entablado que conduce al edificio y lejos aun de la indiscreta luz que deslumbra, se cubren los rostros con sus antifaces, quedando en ella, al descubierto, el semi-óvalo inferior de su faz, en el que su boca diminuta y adorable — más adorable aun cuando sonríe — hace pensar en los encantos de su conjunto perfecto, bello como el timbre de su voz y dulce como el fulgor que emiten sus ojos a través de los mezzquinos óvalos que simulan los ojos de su negro antifaz de seda.

El la toma de la mano y la conduce a una mesa del bar donde se instalan frente a frente, para repetir, él su oración de amor, vehemente y apasionada y para escuchar ella, rendida, la voz melodiosa de aquella alma que ha sabido llegar a su corazón tan sutilmente, tan hondamente.

Luego de beber una copa de espumante, cogidos de la mano siempre, llegan a la escalera para ascender a la gran terraza donde, confundidos entre otras parejas y unidos en un abrazo, dulce y suave, danzan a los acordes de un vals cadencioso.

Ahora se oyen hurras, aclamaciones y palmoteos, al sonar las primeras notas de un paso-doble que la concurrencia corea entusiasmada. Las parejas que están afuera invaden la terraza y las del piso bajo acuden presurosas para tomar parte en la danza.

Una comparsa de "Chulos" y "Manolitas", en marcha triunfal, los brazos en alto y marcando el compás, se abre paso entre la multitud alegre y loca; luego pasa a las galerías y de allí a los corredores para descender al piso bajo, exitando aun más el entusiasmo de los concurrentes.

En todas partes hay remolinos humanos que la diversidad de trajes y colores pone la nota más alegre y sugestiva de la noche. Los "Pa-

vasos" saltan y de todas partes surgen serpentina que tejen telarañas de colores entre las guirnalda tendidas en alto y los bailarines.

El "Arlequín" y la "Andaluza" no participan ahora del general regocijo; están abstraídos: ella prefiere volver a escuchar, en otro lugar, la voz del amado, más melodiosa aún que la música misma; la voz que tantas cosas bellas y nunca olvidadas le ha dicho, tan fina, tan dulcemente, como nadie, seguramente, sabría decirle; él siente la nostalgia de su banco solitario, allá, cerca del mar, para renovar sus juramentos de amor, recostada sobre su hombro la cabeza idolatrada.

Y así, unidos, íntimamente unidos, avanzan hasta la galería donde cenar un cuantas personas.

De pronto ella, volviéndose a él le dice:

—Y si no fuera como lo supones?

—Contesta:

—Adivino tu rostro. Sé que eres linda como el primer sueño de amor... ¡Aquí mismo! ¡Pronto! ¡Te lo ruego! —le suplica.

Como única respuesta, ella, levantando los brazos y con los dedos sobre la nuca, desanuda el cordón que sujeta su antifaz; cae éste y unos ojos negros, seductores alumbran una cara de perfectas líneas que le sonríen con picardía y amor, como amebleso y ternura a la vez.

—Ahora tú, le dice ella entrecabriendo su boca adorable como reclamando un beso. ¡Ahora tú!

Ciego de pasión, deslumbrado por la infinita gracia y belleza de aquella mujer que ha de ser suya, eternamente suya, coge por la barba su antifaz y de un tirón la separa de su rostro.

Un grito, una exclamación de asombro, se ahoga en la garganta de la joven; dá un paso atrás y bruscamente retira su mano que él tiene asida; echa a correr luego, como loca, aterrada, muda, perdiéndose pronto entre el torbellino de la gente que alegre danza.

Sin comprender la razón de esta escena inconcebible, él queda atónito, inmóvil, sin acertar a nada; luego, palpitante al corazón, la busca, la busca por todas partes: baja para volver a subir y sale para volver a entrar en las salas y galerías, en las terrazas y pasillos atestados de gente.

En su desconsuelo cree ver en todas partes los colores del traje de su "Andaluza". ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué extraño suceso ha originado su inexplicable actitud?

Un espejo colocado en la sala donde ahora bebe una copa le dá la respuesta. Se aproxima más a él y con los ojos impregnados en lágrimas contempla las arrugas de su rostro. ¡Es ya un viejo!...

Es un viejo, sí; un viejo... Sin embargo... ¡Oh burla sarcástica de la sabia naturaleza!... Sin embargo su corazón no ha envejecido, es capaz de un amor grande, infinito, como al que ahora siente...

Pide otra copa y toma asiento en la misma mesa que dos horas antes había concebido en más hermoso de los sueños frente a aquella mujer adorada.

Con la mirada fija en el asiento vacío, sin pensar en nada, ofuscada la razón, tiene delante una copa que no bebe. ¿Cuánto tiempo hace que está allí? El no lo sabe.

De pronto, inconscientemente levanta la mirada y como recordando de un sueño, cree ver allí, en el extremo de la sala, a la imagen querida... pero, sí, ¡es ella! es realmente ella que en brazos de un apuesto joven danza.

Agobiado por el dolor sigue con su mirada las evoluciones de su cuerpo; después se pone de pie y caminando sin saber a dónde va, abandona la sala y desciende por la escalera pausadamente, deteniéndose en cada peldaño, sin reparar en nada, sin pensar en nada, y así sollozando, atraviesa los corredores y sale al fin para perderse afuera, en la oscuridad de la noche...

El viento frío de la madrugada, ya próxima, lleva gente a la Cantina. En grandes bandejas son conducidas, ininterrumpidamente las tazas de humeante café que los concurrentes se disputan. Después de beberlo se rehacen las parejas y se dirigen a la playa para contemplar desde allí la bella visión del alba.

Ayudados en el muro unas otras sentados en él, hablan y ríen.

Se bromea y se discute.

De pronto, cuando ya el sol se levanta, se oyen gritos.

—¿Es un hombre? —Es un pez? —Parece que no, responden ellos. Otra más impaciente interroga: —¿Por fin, de qué se trata? —Ya lo veremos, contestan. La luz del nuevo día, lentamente, minuto a minuto, va haciendo mejor perceptibles los objetos.

Los jóvenes se despojan de sus disfraces y, dando un rodeo, descienden a la orilla, desde donde se puede contemplar mejor el cuerpo que flota.

Una mujer, desde el malecón y haciendo portavoz con sus manos, pregunta:

—¿Es un pez? —Parece que no, responden ellos. Otra más impaciente interroga: —¿Por fin, de qué se trata? —Ya lo veremos, contestan.

La luz del nuevo día, lentamente, minuto a minuto, va haciendo mejor perceptibles los objetos.

Sobre la roca están ahora varias personas que esperan el flujo de las aguas para que vuelva a flotar el extraño objeto.

De pronto se oye exclamar en voz alta:

—¿Es un hombre? Hay revuelo entre los circunstantes y muchos bajan hasta la playa para aproximarse cuanto es posible al desventurado.

Serviéndose de un cable atado al muro, un hombre se arrastra a descender. La expectación es grande; todos se disputan las primeras filas para ver mejor.

Un segundo voluntario desciende como el primero, por el mismo cable, y luego desciende un tercero.

Después de algún tiempo se logran izar el cuerpo.

Cuando está en tierra varias personas exclaman: ¡Es un cadáver!

Otros gritan:

—¿Es el cadáver de un hombre, disfrazado de Arlequín?

—Junto a mí una señora comenta: —"Algún beodo, con toda seguridad".

En este momento llega hasta nosotros el eco de voces que aclaman y piden a la Orquesta la repetición del pasodoble que ha dado origen a este relato.

Magdalena del Mar, Febrero de 1942.

V. J. BENAVIDES.

NOTAS SOCIALES

CASINO DE MAGDALENA DEL MAR

En sesión de junta general ha sido elegido, en el Casino de Magdalena del Mar, el siguiente Comité Directivo:

Presidente, señor Benigno Tudela Cáceres; vicepresidente, doctor Luis E. Betetta; secretario señor Víctor J. Benavides; prosecretario, señor César Bernaldes Lotaunau; fiscal, señor Julio T. Ríos; tesoro, señor Guillermo P. Allison; protesoro, señor Luis O. Figueroa; bibliotecario, señor Victoriano M. Villacorta; vocales: señores Oscar Astudillo, Eduardo Dean Neira, doctor Aurelio Sotomayor Otárola, César Nieto, Guillermo Aguilar y José Vinelli.

Junta calificadora: doctor Julio Jiménez Pacheco, doctor Fortunato Quesada, Ingeniero Julio O. Solano, mayor Ernesto Villalobos y doctor Antonio Cook.

Comisión revisadora de cuentas: señor Abel Suárez Guilfo, doctor Fernando Loayza y señor Julio Carrasco.

En el Casino de Magdalena del Mar se realizó ayer el almuerzo ofrecido al doctor Humberto Solari Hurtado, expresidente de este centro social, por un grupo de sus conocidos y como manifestación de aprecio por su progresista y esforzada labor.

El discurso de orden estuvo a cargo del señor Víctor J. Benavides, Secretario de la Institución.

Concurrieron a este agasajo las siguientes personas: Dr. Humberto Solari Hurtado, Sr. Guillermo P. Allison, Sr. Guillermo Aguilar, Sr. Oscar Astudillo, Sr. Víctor J. Benavides, Dr. Luis E. Betetta, Sr. Marcos V. Brown, Dr. Moisés Collado, Sr. Julio Carrasco, Sr. Eduardo Dean Neira, Sr. Capitán Cotavio Delgado, Ingeniero Flavio Dávila, Sr. Luis O. Figueroa, Sr. José María García Seminario, Sr. Alfonso Garreta, Sr. Guillermo Gabilondo, Sr. Víctor Herrera y Vera, Dr. Julio Jiménez Pacheco, Dr. Fernando Loayza, General Pedro Pablo Martínez, señor César A. Nieto, Sr. Alberto Olivera, Sr. Manuel A. Prado, Sr. J. A. Pedraglio, Dr. Fortunato Quesada, Dr. Gregorio Ramírez, Ingeniero José Luis Reynoso, Sr. Roque Rokovich, Sr. Julio T. Ríos, Sr. Carlos Sotomayor, Dr. Aurelio Sotomayor Otárola, Sr. Germán Soria, Sr. Benigno Tudela Cáceres, Dr. Ricardo Vergara Solari, Sr. Victoriano M. Villacorta y Sr. José Vinelli.

Domingo 31 de Enero de 1943